

## Paradojas dramáticas. Del futuro de la humanidad a ¿acaso la humanidad tiene futuro?

Luigi Bonanate (Italia)\*

### *El Antropoceno entre naturaleza y cultura*

**S**i se asume como punto de convergencia entre diversas especialidades, o como plataforma en la cual todos puedan coincidir, el Antropoceno es visto como la era geológica (actual) en la que el ambiente terrestre, en el conjunto de sus características físicas, químicas y biológicas, está condicionado, tanto a escala local como global, por los efectos de la acción humana que incide en la naturaleza, entendida, predominantemente, como medio ambiente, cuyo equilibrio originario no puede ser alterado sin perjuicio para el hombre y para la vida en general.

Es posible que las acciones humanas produzcan la alteración del medio ambiente y que estas desestabilicen los equilibrios naturales y, en última instancia, la biosfera completa, tanto así que la explotación de la naturaleza y de sus recursos llegó a una forma de ultraconsumo: de acuerdo con los cálculos del método de la impronta ecológica promovido por la Global Footprint Network, el 29 de julio de 2019 la humanidad utilizó el presupuesto (*budget*) de recursos naturales que el planeta había puesto a su disposición para aquel año. De acuerdo con esos cálculos, actualmente la humanidad está utilizando los recursos de la Tierra como si dispusiésemos de 1.75 planetas.

---

\* Profesor emérito de Relaciones Internacionales, Universidad de Turín. Trabaja las áreas de filosofía política internacional, guerra y terrorismo. Estudia la relación entre guerra y pintura. [luigi.bonanate@unito.it](mailto:luigi.bonanate@unito.it).

En el Antropoceno se incluyen componentes que la intervención humana directa podrá modificar. Luego entonces, es preciso preguntarse cuál es, en términos generales, la relación entre la Tierra, que es naturaleza (autorreferencial, en el sentido de que cada evento es autoproducido), y la humanidad, que es cultura (artificio y artefactos). Creaturas naturales y creaturas artificiales: ¿qué significa que la acción humana incida en la naturaleza? Naturaleza y artificio se influyen mutuamente, pero ¿acaso son simétricos, o uno es más fuerte (o domina) que el otro? Parecería que el artificio debe ser más potente que la naturaleza si es verdad que la humanidad hoy consume más de lo que la Tierra (la naturaleza) puede darle.

Dicho de otro modo, uno viene antes que el otro y, en consecuencia, ¿ha orientado la evolución histórica? En cualquier caso, en tanto que el artificio siempre ha estado movido a progresar (inventar, descubrir, mejorar, aumentar, modificar, etcétera), la naturaleza es autopoiética, porque no tiene una voluntad precisa y no obedece más que a directrices espontáneas y reproductivas que le atañen específicamente. La naturaleza quisiera estar a sí misma; el artificio tiende a transformarla: es como si una fuese evolutiva y la otra subversiva. La naturaleza no es el *ambiente* en el que el hombre (artificial) actúa más de cuanto el hombre (artificial) no es el *ambiente* de la naturaleza. Esto es, no existe un título de propiedad a favor de la humanidad.

¿Es posible que uno de los dos términos sea víctima del otro? ¿Que uno de ellos sea inocente? El ejemplo del cambio climático parece inobjetable, pero el caso del coronavirus superó todas las expectativas: la epidemia es consecuencia de las devastaciones humanas (contaminación, organismos genéticamente modificados, etcétera), ¿o es un autogol, o sea, una modificación espontánea producida por la naturaleza?

Póngase atención. La historia de Noé y de su arca no es más que una expresión primitiva (¿mítica?) del mismo problema: para huir de su propia destrucción, lo que hace la humanidad, en primer lugar, es deshacerse de lo que no podrá subir al arca, y, luego, salva solamente a los “mejores”,

que iniciarán una nueva historia. Se puede discutir acerca del Antropoceno fingiendo que es una cosa simplemente (o prevalementemente) física, pero exige una fecha de inicio, cuya importancia no radica en su exactitud, sino en la capacidad de señalar un *paso*. Más que el cuándo, importa el porqué haya sucedido ese *paso*, indicando lo que en ello hay de nuevo (si fue mejor o peor, es otra cuestión) respecto del pasado.

Parece que hasta ahora el debate se ha dado entre *progreso* (esencialmente material, conceptualizado en el sentido de que todo lo que es inventado sirve para mejorar nuestras condiciones de vida) y *degradación* (vale decir, los efectos indeseados o las consecuencias inesperadas de ciertas innovaciones). En esos términos, se pensó que los progresos fuesen, de cualquier manera, siempre buenos (medicina, tecnología, etcétera), pero, llegados a un cierto punto, la marcha del progreso infinito e irrefrenable se detuvo o, mejor dicho, mostró los daños que podía provocar. Más que decadencia, acerca de la que tantas filosofías de la historia han discutido, se estaría entrando en una fase de empeoramiento.

Por esto, el Antropoceno debe ubicarse en algún punto históricamente hablando. Se menciona algún momento del siglo xx, derivado de la Revolución Industrial del siglo anterior, pero mientras, hasta un cierto punto de vista, se había pensado en alguna continuidad, progresiva y neutral, imposible de fechar con certeza; de un tiempo a esta parte se ha comenzado a pensar en la Segunda Guerra Mundial y sus resultados. Ese fechado tendría una relevancia extraordinaria más desde el punto de vista politológico e internacionalista que desde el punto de vista científico, aunque no por ello sería menos significativo. Los avances en el armamentismo, la investigación cibernética y los descubrimientos en la electrónica han producido entusiasmo más que preocupación.

Tratando de ubicar una gran transformación, siempre se ha hecho referencia al evento que ha transformado (mutado) la naturaleza de la guerra y su posible historia futura: la bomba atómica (no hay necesidad de recordar lo que ello significa). No sorprende ver que en el *Quaternary International* (el

periódico del International Union for Quaternary Research) salió publicado un ensayo en el que se propone la primera explosión de la bomba atómica (16 de julio de 1945) como fecha de entrada en el Antropoceno, que naturalmente cuenta no tanto en sí misma, sino en la doble explosión de Hiroshima y Nagasaki; en pocas palabras, provocó una “mutación” en la lógica del combate en la guerra. La presencia de la bomba atómica ha incidido inmensamente en la idea misma de la guerra, haciendo de la convivencia entre los estados algo “diferente” de lo que había sido hasta entonces. Y esa convivencia ya no volverá a ser la misma. La bomba atómica tiene la prerrogativa de suponer, además de la teoría, la real posibilidad de la extinción de la vida humana en la Tierra.<sup>1</sup>

En consecuencia, el periodo que inicia la segunda mitad del siglo xx se presta, a la perfección, para fungir como la etapa de transición del Cenoico al Antropoceno, pero, en cuanto momento disruptivo, este último ha traído consigo una especie de inmensa paradoja:

- 1) Por un lado, aquella guerra que siempre se pensó que fuese el aniquilador de un viejo mundo a favor de un nuevo mundo ya *no* es (sería) posible, porque nadie desearía ver el exterminio de la humanidad.
- 2) Por otro lado, si la guerra es el combustible del desarrollo humano, pero al mismo tiempo es “imposible” llevarla a cabo, eso significa que la época de las guerras ha terminado y también la del desarrollo. Como si se dijera: “Sin la guerra no hay historia”. Una misma realidad puede contener el bien y el mal.

---

<sup>1</sup> Durante la Guerra Fría (1948-1991), las dos potencias que, principalmente, desarrollaron armamento nuclear y que se amenazaron de manera mutua, manteniendo el “equilibrio del terror”, fueron, por una parte, Estados Unidos de América (y sus aliados del llamado Mundo Libre) y, por otra parte, la Unión Soviética (y sus aliados detrás de la Cortina de Hierro). No obstante, al terminar la Guerra Fría, la amenaza nuclear no ha desaparecido: hay por lo menos 10 países que poseen armamento nuclear y que podrían hacer estallar una conflagración atómica.

El primer caso es demasiado imponente (y se deja, por el momento, a un lado), pero el segundo encaja perfectamente en el discurso: desde fines de la década de 1950, Antonio Cederna predicaba desde las páginas de *Il Mondo* que Italia pagaría caro el desenfreno del abuso en el territorio (la tala inmoderada, la desviación de ríos y torrentes, la urbanización desmedida, etcétera). No solo sus admoniciones eran fundamentales, sino también las brutales operaciones de linchamiento mediático a las que fueron sometidas sus profecías redujeron su influencia.

Pocos años después comenzó a desarrollarse una sensibilidad ecológica que encarnó en el Club de Roma y en sus dramáticos *Reportes (Los límites del desarrollo)* salió en 1972, seguido de otros volúmenes). Aurelio Peccei y los autores del Massachusetts Institute of Technology (MIT), cuyos trabajos tuvieron entonces una gran notoriedad, advertían:

- 1) El desarrollo desenfrenado no podía ser infinito; tarde o temprano la humanidad tendría que pagar cara esa ilusión, a menos que...
- 2) No se emprendiese otra estrategia completamente diferente, comenzando por detener el cambio climático, respetar los productos naturales, y cosas de ese tipo, desde el hoyo en la capa de ozono hasta el invierno nuclear (producto de un conflicto nuclear a gran escala que no solo cerraría los hoyos, sino que impediría que el calor del Sol llegara a la Tierra, provocando una glaciación que aniquilaría progresivamente a toda la humanidad).

Yace, sobre estos últimos temas, en las bibliotecas de todo el mundo, una inmensa cantidad de estudios. Pero aquí interesa, más bien, evidenciar lo que es una enorme (suicida) paradoja que se inserta bien en nuestras reflexiones, compuesta, por una parte, por el anuncio de las terribles catástrofes hacia las cuales la humanidad se dirige, y, por otra, por la esperanza de que —renunciando a las tonterías descritas— habría que ponerse al reparo e invertir la tendencia que evite ese choque tan temido. El miedo parece estar imperando en todo esto.

### *El catastrofismo optimista*

Simplemente, el mecanismo es el siguiente: 1) la paz en el mundo depende del equilibrio del terror, en el sentido de que si ese equilibrio se rompe, todos morirían, tanto los vencedores (solo en términos figurativos) como los vencidos. Pero, en consecuencia, si no se quiere que estalle la guerra, entonces sería mejor 2) no seguir produciendo bombas atómicas; en cambio, el juego se desarrollará con base en la amenaza que tan solo en apariencia es razonable y racional en una continua, creciente y realizable advertencia, que podrá ser todo, pero, a fin de cuentas, incomprensible. Si dos amenazas chocan una contra la otra, se paralizan. Entonces, ¿cómo se puede, de manera optimista, esperar que la amenaza recíproca garantice la paz? ¿En qué se basa este aserto? ¿Acaso en el optimismo del catastrofista, que piensa que el miedo funcionará a favor de todos? (En esto hay algo parecido al negacionismo que circula en torno a las vacunas). Para disipar el temor de que la catástrofe pueda suceder, nada mejor que renunciar a producir armas a gran escala, sobre todo armas nucleares. Más miedo, más paz... y con el dinero que se ahorre se podría, en primer lugar, ir y correr a reparar a la naturaleza dañada y buscar formas no nocivas de convivencia.

Este es, afortunadamente, un caso abstracto —si bien la política internacional ha conocido otros muchos casos de este tipo durante más de medio siglo—. Pero el problema sigue ahí: ¿cómo producir armas *para no* usarlas? También se podría esperar un arrepentimiento súbito de la humanidad —que, sin embargo, hoy por hoy, carece de los instrumentos educativos necesarios—, pero, por otra parte, se espera un sano espíritu realista (y astutamente político) que invita a reconocer que el curso de la historia del Antropoceno no tiene más que una precisa y muy clara dirección ¡que nos lleva hacia lo peor! Vale decir, se estaría inevitablemente obligado a ver cómo empeora su desempeño (*performance*) por el simple hecho de que las dificultades para mejorar aumentan continuamente.

El segundo principio de la termodinámica, o el más accesible concepto de entropía, están ahí para decírnoslo: el trabajo en el mundo es cada vez

más fatigoso, los costos siempre aumentan, irreversibles, y si —como se dice— la entropía en el mundo está destinada a crecer, el significado es claro. El mundo chocará contra sus falsas ilusiones de progreso (para esta segunda hipótesis, ya se encuentra a disposición la propuesta de un escenario: al llegar al punto terminal, la humanidad buscará escapar del destino que ella misma labró, enfrascándose en una guerra tradicional al término de la cual los sobrevivientes se encontrarán en un mundo destruido y, por tanto, para *reconstruir*; trabajo para todos, y dinero para algunos).

¿De quién es la responsabilidad (objetiva) de que la humanidad haya llegado a este extremo? Obviamente, no es responsabilidad de la naturaleza que solo puede causar daños naturales (terremotos, maremotos, mutaciones genéticas, etcétera); entonces, es responsabilidad de la humanidad que, de otra parte, proporciona un indicio procedimental: no existe prácticamente estadista (entiendo con esto: clase política, dirigentes políticos, *influencers* y alguien más que tuviese grandes posibilidades de acción) que haya comprometido todas sus fuerzas (al menos en su mayor parte) en el intento de salvar a la humanidad. Dicho en breve: muchísimas palabras, muy pocos resultados; más apariencia que sustancia, más propaganda que programas.

Ello, a menos que... a menos que la ciencia nos haya engañado —y continúe haciéndolo— y dé por reversible aquello que, en cambio, no lo sería, o lo que parece deteriorado o nocivo no lo sea, o lo sea en mucho menor grado. Pero ¿se es consciente, por otra parte, de que el Antropoceno haya sancionado la universalización del dominio de la ciencia sobre todas las otras formas de conocimiento y de actividad? Los extraordinarios descubrimientos de la ciencia han acostumbrado a creer que —para que todo vaya por el mejor camino— sea suficiente dejar que ella (la ciencia) se desarrolle cada vez más. Al llegar a este punto, se abren varias alternativas.

Un primer punto se refiere a la relación entre la investigación científica y el científico, o entre el científico y la ética. Nada nuevo, obviamente, pero una pregunta no irrelevante atañe a la duda de si el investigador sea o deba y quiera ser consciente de que los productos de su trabajo podrían

ser malsanos, nocivos o peligrosos. La energía nuclear, especialmente en la conformación militar, evidencia de forma clara el punto.

Julius Robert Oppenheimer puede ser considerado —y hay que aceptarlo por coherencia del argumento— el padre de la bomba atómica —no me refiero aquí a su papel en la empresa de entonces—; trabajó con todas sus fuerzas y sus capacidades. Luego, al ver lo que había sucedido en Hiroshima y Nagasaki, rechazó la invitación del gobierno estadounidense para continuar su trabajo hasta llegar a la más potente bomba H, con el argumento de que —en vista de los efectos de su trabajo— jamás se hubiera prestado a desarrollar programas de ese tipo. No obstante, Edward Teller, científico húngaro-estadounidense, miembro también del equipo (*team*) del Proyecto Manhattan, aceptó sustituirlo.

Así se tiene: Oppenheimer primero dijo sí y luego dijo no; Teller primero dijo sí, y luego también dijo sí. Oppenheimer se planteó el problema y le dio una respuesta; Teller se burló de Oppenheimer y dijo solamente ¡sí!

Dicho de otro modo: el científico consciente reconoce el concepto de responsabilidad y se atiene a él; otros científicos no saben resistir la atracción del descubrimiento y del avance de la ciencia. En fin, otros se contentan con la gloria. El pequeño Andrew Carnegie, que jugando en un prado descubrió petróleo, no es responsable de la contaminación que a la larga derivó de aquel descubrimiento, pero, después de él, nadie denunció, durante décadas, el peligro.

El segundo punto se refiere a la relación que se establece entre el medio ambiente (naturaleza) y la humanidad. El primero *no* está al servicio de la segunda, no es accesorio respecto de la entidad necesaria del humano, de la misma manera que la segunda *no* está al servicio de la primera. Dicho de la mejor manera posible: eso significa que la humanidad no tiene derecho a explotar a la naturaleza, es decir, ningún derecho mayor del que la naturaleza pudiese tener para explotar al hombre —no se discute, pero al parecer esta segunda hipótesis no se puede ni siquiera plantear—.

El reinicio de la relación hombre-naturaleza y, por tanto, las consecuencias de su interacción no pueden más que derivar de este ajuste. Sin la

intervención humana, la naturaleza continuaría su evolución, provocada exclusivamente por eventos objetivos y, por decirlo así, carentes de voluntad, en tanto que la humanidad sin naturaleza no puede sobrevivir. Pero ¿acaso se puede pensar que el Antropoceno se sustancie en exclusiva por fenómenos fisicoquímicos? Si la respuesta es sí, eso querría decir que la acción humana podría, al máximo, alterar el medio ambiente en términos materiales, y la historia sería simplemente la de una humanidad que busca, desde siempre, hacerse de la naturaleza poniéndola a su servicio, y que esto lo habría logrado cada vez mejor, pero consumiéndola hasta llevarla al borde del colapso.

Desde este punto de vista, se concluye que no hay esperanza: cuando el hombre termine de consumir el planeta, la humanidad se quedará sin recursos y desaparecerá.

Una tercera observación indica que se llegó a esto por no haber entendido la centralidad de la política o por haber practicado una mala política. En vez de ser concebida como un banal juego de poder, la política debería dirigir las acciones humanas y tener como propósito el bien común y colectivo (la forma en que esto último sea llevado a cabo o se realice, verdaderamente o no, es una cosa diferente). La política, local y global, es la fuerza que impulsa la formación de decisiones orientadas a valer para todos los seres humanos. Si los políticos no ven a la naturaleza —en cuanto naturaleza—, no lograrán *politizarla* y hacerla, por consiguiente, *tratable*.

La política (la sociedad política y la opinión pública) debe tomar en cuenta tanto a la humanidad como al planeta —la naturaleza no es algo inerte o puramente instrumental (es parte de todos y, a su vez, todos forman parte de ella)—. Para ser más claros: es en el ámbito interno de la vida política que se desarrollan las actividades de degradación del medio ambiente (abusos en la industria inmobiliaria, desastres hidrológicos, contaminaciones, etcétera), ya que la Tierra es considerada como objeto de explotación. Sin una reforma política, no es imaginable una reforma de las condiciones de vida humana en el planeta —aquí sería necesario añadir un

punto 3 bis, referente a la pregunta si la política dirige las formas de vida o si estas se dan a sí mismas el tipo de política que les conviene).

El cuarto punto atañe al futuro o, mejor dicho, a la capacidad de imaginarlo, no tanto con base en los progresos realizados en el pasado o con base en las dificultades tecnológicas que han surgido, de la entropía o de la velocidad del tiempo —que, en el marco de las lógicas establecidas por la periodización, muestra tener distintas duraciones que pueden incidir en las costumbres previsibles de todos—, sino en las posibilidades mismas de que haya un futuro. Dicho de otro modo: ¿acaso se es capaz verdaderamente de pasar por alto que la degradación en curso no solo sea constante y progresiva, sino que, al llegar a un cierto punto (aunque no se sabe cuál y cuándo), será final, definitiva, irreversible y que, por tanto, a fin de cuentas, la humanidad esté destinada a desaparecer, con todo y que probablemente la Tierra quedará viva?

La idea del fin de la humanidad, más que de la historia —como alguien ingenuamente proclamó (Francis Fukuyama)—, proviene de la escatología religiosa que, en sus diversas visiones, imagina —sea de manera optimista (el nirvana o la parusía) o nihilista-catastrofista (o posmoderna)— que el destino de la Tierra sea ir al encuentro de su propia aniquilación: la paz perpetua o la autodestrucción, que podría darse desde un cataclismo hasta una explosión y situaciones de ese estilo —tal vez se podría imaginar también una mutación—. Con todo, es la propia idea de *fin* la que no se está en posibilidad de comprender, porque parece imposible pensar en el fin del mundo. Incluso también la idea de que la historia pueda “ir más allá de nosotros”. Por lo demás, esto parece inconcebible, precisamente, porque somos incapaces de imaginar un mundo sin nosotros.

A pesar de esas divagaciones, este aspecto ayuda a explicar el motivo por el cual no haya habido intervenciones humanas para salvar a la Tierra, ya sean muy pocas o poco creíbles, inútiles o tardías. Si cada uno supiese que, en un año, un día o un minuto morirá por falta de oxígeno, correría a un hospital en busca de ayuda; pero parece inverosímil que, en este momento, mientras se respira, se esté por morir sofocado. Parece banal-

mente imposible y, en consecuencia, evitaría abandonar los quehaceres en vez de correr al reparo. Esto es exactamente lo que ocurre cuando se dice que todas estas noticias catastróficas —que día a día asaltan a todos, con su verosimilitud, con pruebas y demostraciones irrefutables— se refieren a un futuro que *no existe* ni puede existir. Si no fuese así, seríamos unos locos; desgraciadamente, contentarse con el hecho de que ese futuro no ha llegado *todavía* y jamás se ha concretizado sugiere que no se puede hacer nada para incidir en él. Ese mundo no es imaginable; luego entonces, no es tal. Y ninguno puede hacer algo para aquello que no existe.

### *Paradojas insolubles (cosas imposibles y factibles)*

Hay, seguramente, un invitado de piedra, porque —cualquiera que sea el punto de vista que se prefiera o el objetivo que se plantee— *siempre* está presente, no solo en sí mismo, sino tanto más en la medida en que mayormente se dimensiona su alcance. Se trata de la variable *política*, que debe entenderse naturalmente no en sus manifestaciones propias de la vida cotidiana de los estados del mundo con sus correspondientes regímenes, sino en su papel decisivo de encargarse de los asuntos generales del mundo (procurar el bien de la humanidad); se trata de verdaderos y propios problemas, en el sentido de toma de decisiones (la política *siempre* se ocupa de decisiones), para las cuales es indispensable la contribución de la economía (entendida como el lugar en el cual se maneja el dinero, necesario para emprender cualquier propósito). No importa si la política utiliza a la economía o al revés; lo que es cierto es que una no puede estar sin la otra —en todo caso, la política es algo superior de lo que normalmente se piensa; técnicamente es el centro de coordinación de todas las actividades en sentido público que existen en la sociedad e, idealmente, se trata de la esfera en la que se lleva a cabo la gestión del poder de cualquier sociedad, en bien de la colectividad—.

Desatar este nudo es demasiado complejo (por lo menos en este momento), pero si se refiere a la crisis del medio ambiente, el discurso se divide nuevamente en dos, con base en las informaciones a disposición:

- 1) La política podría decidir tomar una serie de medidas encaminadas a bloquear la degradación del medio ambiente o incluso revertirlo para mejorar; pero para instrumentar esas medidas...
- 2) Es preciso, absolutamente, que haya dinero (de inversiones, de financiamientos, de las deudas públicas, etcétera).

Esto es: la política dispone, la economía realiza. Los políticos de todo el mundo, con las opiniones públicas que los empujan, comprenden que es necesario que haya cambios extraordinarios, y piden a los grandes capitales que haya una transformación para salvar al planeta con el propósito de financiarlos. En este punto puede registrarse un giro dramático: el capital (llamémoslo así, ya sea en términos objetivos, ya sea en términos ideológicos) ve el negocio y somete a la política para que esta se mueva en la dirección que el capital prefiere para poder sacar ganancias de la ayuda prestada.

Sin dinero no se puede cambiar nada; pero quien tiene dinero puede cambiarlo todo. Por tanto, los pasos pueden ser dos: en una versión muy buena, primeramente, los políticos controlarían a los financieros; en una versión más cínica y realista, serán las finanzas puestas en la agenda y verosímelmente se atenderán —de manera menos escrupulosa de lo que lo harían los políticos— a las necesidades ya evidentes de las sociedades (afligidas por los daños cada vez más graves sufridos por el medio ambiente).

Se está frente a una serie de informaciones que pueden llevar a un futuro catastrófico para la naturaleza (que abarca también a la humanidad), que vienen amontonándose rápidamente y que se han convertido en verdaderas y propias previsiones; pero las muchas veces que la ciencia ha formulado previsiones-profecías (“si no haces esto, entonces sucederá esto otro”) siempre ha quedado demostrada la fanfarronería (o la falsedad), y luego han pasado al olvido. De otra parte, la contaminación (para no dar más que un ejemplo) aumenta de forma continua: muchos ríos de

Asia meridional (del sur) se han convertido simple y llanamente en depósitos de desechos que, al acumularse, forman verdaderas y propias barreras que evitan la oxigenación del agua. Si las profecías son falaces, entonces ¿para qué preocuparse?

Las cosas cada vez están peor; la ciencia está en grado de proponer soluciones, con tal de que la política quiera escucharla, pero no lo hace porque no confía en la ciencia, y la cura costaría tanto (si no es que más dinero) como la enfermedad. Hay dinero o, mejor dicho, siempre ha habido dinero —para todo lo que no es necesario o superfluo—, pero no para resolver necesidades y curar enfermedades. No sé escribir la suma total de los gastos militares nucleares que se han realizado en el mundo en los últimos 70 años, pero abarca tantos ceros que quizá ninguna calculadora lograría incluirlos. Así que no es verdad que no haya habido dinero, lo que pasa es que se ha gastado en otras cosas.

Esto no es un himno a la política y a una eventual e inútil superioridad de ella; es la simple búsqueda de un punto de partida teórico, sin el cual cualquier discurso científico o filosófico corre el riesgo de quedarse vacío, en especial a causa del creciente extremismo que distingue al tema. Muchos piensan que el calentamiento global es la mayor amenaza para el futuro de la humanidad. ¿Qué alcance tienen los datos que casi cotidianamente llueven? Asustar y, en consecuencia, empujar a la acción y a realizar sacrificios necesarios, ¿o simplemente informar que el juego ya comenzó con una clara e indiscutible conclusión, frente a la cual no queda más que esperarla con resignación?

¿Y tal conclusión de cuál de las dos partes está?

De la justicia *tout court*: ¿a quién compete o a quién toca responder esta última (metodológica y no sustancialmente) pregunta? Haciendo a un lado la opción, moralmente reprochable, de quien prefiere renunciar a contestar, sugiero que el sujeto al que le tocaría —si no pura y simplemente— dar una respuesta (definitiva) sea quien se ocupa de la llamada justicia internacional, de la que sugeriría una versión no académica, sino vinculada a la hipótesis

de que —una vez conseguida y consolidada una idea de justicia (compartida o, por lo menos, “condivisible”)— se quiera aplicar a una comunidad mundial compuesta por estados (considerados soberanos).

Dicho de otra manera: dotada de una realidad objetiva.

La importancia de esta última dimensión se da por descontada: si se habla de justicia intersubjetiva, es obvio que no puede más que ser la misma e igual para todos —la justicia local no puede existir (Pascal puso de relieve que no se puede tener una justicia al norte y otra al sur de los Pirineos)—. Ni el aire contaminado ni las aguas envenenadas ni el hoyo en la capa de ozono pueden detenerse en las fronteras. La doctrina Trump, según la cual Estados Unidos de América es capaz de valerse por sí mismo y puede sustraerse al mal del mundo, es injustificable de manera objetiva; pero su alcance es tal que puede mover a creer que en estos términos se trata de una empresa más que desesperada, imposible y, en consecuencia, sea inútil ocuparse de ella. ¿Quién podría hacerle justicia no-legal sino moral a siete u ocho mil millones de seres humanos? Aceptemos que esa tendencia tenga una milagrosa realización: bastaría que un solo ser humano fuese excluido para hacer fracasar el diseño completo.

¿Qué eficacia pueden tener las diversas hipótesis? De acuerdo con la primera, si nos esforzamos, nos salvaremos; de acuerdo con la segunda, cualquier esfuerzo es inútil. Esta segunda, en su realismo clásico, tiene las mayores probabilidades de vencer la competencia, pero nos gustaría (suplico) más que la que ganase fuese la primera. La segunda puede tener muchos argumentos a su favor; la primera no, ninguno —aunque no está dicho que lo que jamás ha sucedido no pueda llegar a suceder—. Para dejar en claro su alcance, se podría decir que la alternativa radica entre una estrategia orientada, por una parte, a la prevención, y, por otra, a la curación. La primera (optimista), una vez más, imagina (quizá) ingenuamente poder dar vida a una nueva pedagogía, a una forma de educación universal para instruir a todos los seres humanos para tener comportamientos idóneos; la segunda, en términos realistas (y de manera pesimista), propone la construcción de nuevos y grandes hospitales, vacunas a granel

o investigaciones médicas costosísimas para curarnos de todas nuestras malas costumbres.

¿Acaso existen terceras vías, soluciones intermedias que busquen al mismo tiempo prevenir e impedir lo que se pueda, abandonando las prácticas destructivas a las cuales estábamos acostumbrados y, al mismo tiempo, curar, produciendo una infinita cantidad de médicos y construyendo hospitales para todos?

En el intento de esgrimir argumentos en favor de una o de la otra, se debería aclarar si existe algún punto de ruptura: ¿superados ciertos niveles de contaminación (digo, una parte por el todo), moriremos todos o, al contrario, nuestros cuerpos se adaptarán y la mortalidad se mantendrá más o menos constante? Por ahora no se puede responder a esta pregunta: lo que se sabe es que la contaminación aumenta de modo constante y que, sin embargo, una plena e integral voluntad humana podría invertir la tendencia. Dicho en otras palabras, parecería que el Antropoceno es la era en la que ha estallado la guerra entre la naturaleza y la cultura (la humanidad). Sus fuerzas son del todo heterogéneas y es muy difícil entender cuáles sean las mejores. Por lo demás, no siempre las guerras son ganadas por quien está más armado ni por quien inició la guerra. Mientras la Tierra es siempre la misma y puede dar pruebas de envejecimiento, la humanidad goza de una renovación perenne —no de personas, sino de inteligencias— El planeta no puede desviar su curso y, más que atacar, sufre; la humanidad tiene miles de oportunidades para combatir y derrotar las dificultades.

En consecuencia, el balón está ahora en el campo de la humanidad, que, si quiere, puede avanzar y atacar, en tanto que la Tierra solamente puede defenderse.

### *Fuentes consultadas*

Meadows, Dennis, Donella Meadows y Jorgen Randers. 2012. *Los límites del crecimiento*. Madrid: Taurus.

*Quaternary International*. 2015. Vol. 383, octubre.